

PRÁCTICAS EN EL ESTUDIO DE ÁLVARO SIZA, PORTO.
SIDDARTHA RODRIGO.
ARQUIA 2014.

Al recibir la beca de Arquia la elección para mi era clara: un estudio pequeño, un maestro cercano y humilde tanto como una dedicación rigurosa a la construcción en la que quería formarme. Todo esto se combinaba con una ciudad mediana y cómoda pero muy activa, acogedora, asequible y aún muy cercana de sus condiciones naturales, del océano, del río y sus paisajes. Cuando elegí Álvaro Siza y Porto como destino mis expectativas eran altas y ahora puedo decir que cumplidas.

Comenzar las prácticas en verano fue un afortunado inconveniente que se convirtió en la mejor oportunidad. En este tiempo el estudio ralentiza su ritmo mientras muchos trabajadores aprovechan sus vacaciones y fue entonces cuando un nuevo proyecto entró al despacho. Se trataba de una pequeña rehabilitación; unas pocas casas de obreros, ilhas, del siglo anterior, una nueva posada y un depósito de agua reconvertido en bastión militar con el primer telégrafo de Porto desde el que se podía ver toda la ciudad. Los retos del proyecto, un presupuesto mínimo que permitiera mantener las rentas de sus habitantes actuales para que pudieran quedarse, solo lo hacía más interesante



Fue entonces cuando Siza me llamó y me entregó un dossier en bruto, pidió una maqueta primero, planos después. Cada día los requerimientos aumentaban y de repente me descubrí llevando adelante un proyecto. Descubrí también todo lo que implicaba: las relaciones con el cliente, la colaboración con los ingenieros, con los industriales, las reuniones con los técnicos municipales, la burocracia y los presupuesto. En un idioma que no dominaba y aún siquiera arquitecto, tuve la oportunidad de sacarlo adelante con muchas horas de trabajo y la ayuda indispensable de mis compañeros. Cualquier cuestión se convirtió en una excusa para visitar aquel emplazamiento y volver a disfrutar la ciudad desde su punto más alto.

El proyecto debía comenzarse cuanto antes por lo que enseguida pasamos a preparar su ejecución, esta vez ya acompañado por otra joven arquitecta y nuestro mentor en construcción. El trabajo se convirtió en largas horas en la temprana noche de Oporto aprendiendo a construir con el propio Siza y sus metódicos trabajadores. Aprendimos el rigor en el detalle, la paciencia y la reflexión necesarias para cada decisión, aprendimos a cuestionar lo que nos pedían y dar siempre algo mejor. En otro golpe de suerte conseguí alargar mi estancia y continuar con esta fase del proyecto en la que ahora me encuentro, todo indica que en poco tiempo comenzará su construcción.



Ser por un tiempo el único colaborador del proyecto me dio la oportunidad de trabajar con Álvaro Siza de forma muy cercana. Como si de arquitectura se nutriera, su capacidad de trabajo es prodigiosa y le lleva a una plano de absorción en el que no pasa el tiempo. Su mente sorprende con su lógica única, su falta de prejuicios y su memoria. Aunque reservados, los portugueses son acogedores y tranquilos. No por ello menos peculiares, sus entretenidas anécdotas e historias amenizan los días de trabajo y en las conversaciones llegan a forjarse en amistades verdaderas.



Porto es una ciudad apuntalada, de casas viejas, cafés llenos y lluvia. Es orgullosa e inquieta. Disfrutar de una ciudad como un extraño permite perspectivas que los sus propios habitantes ya no consiguen encontrar. En esta posición es aún más patente como la niebla opaca que se desliza sobre Duero envuelve el estudio y sustituye el contexto por una neutra luz blanca, cómo los cristales mojados brillan con el atardecer en el atlántico y el puente de Arrábida se vuelve naranja.

Solo puedo agradecer a Arquia por otorgarme esta oportunidad, increíble para alguien recién salido de la universidad, y al estudio por confiar y exigir en mi trabajo desde el primer día.